

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, *Diccionario crítico-burlesco del que se titula Diccionario razonado manual seguido del Diccionario razonado*, Introducción y Nota biográfica de Alejandro Pérez Vidal, Visor, Madrid, 1994 (La balsa de la Medusa, 65).

MATEO MACIÁ

La publicación de obras fruto de circunstancias históricas muy concretas tiene unos requisitos específicos. Uno de ellos es la situación de la obra en el contexto preciso. Esa contextualización puede conseguirse por varias vías —estudios introductorios, notas a pie de página, ediciones críticas—, pero todas ellas suponen un trabajo a fondo sobre el texto y sus circunstancias. En el caso de la edición del *Diccionario crítico-burlesco* que comentamos se ha optado por presentar el texto tal como se publicó, precedido de una introducción y una nota biográfica, pero sin aparato crítico.

Bartolomé José Gallardo (Campanario, Badajoz, 1776 —Alcoy, Alicante, 1852) vivió un período crucial de la historia de España y lo vivió de forma muy intensa. Estudió medicina en Salamanca, donde publicó sus primeras obras (el periódico *El soplón del diarista de Salamanca* y dos traducciones de carácter médico). El 2 de mayo le sorprendió en Madrid, donde había publicado una traducción al español del siglo xvii del poeta grecolatino Claudiano y andaba ya metido en numerosas polémicas. Ocupaba una cátedra —primero de francés y luego de Ideología y Lógica— en la Real Casa de Pages. En enero de 1811 fue nombrado bibliotecario de las Cortes reunidas en Cádiz. En 1814 tuvo que huir a Inglaterra a través de Portugal. En Londres disfrutó de ayudas económicas oficiales y trabó relación con Bentham y Andrés Bello. Durante el período absolutista fue juzgado y condenado a muerte. Fue el autor de la *Alocuzion patriótica*

con que «los ciudadanos españoles del Comercio de Londres» celebraron el pronunciamiento de Riego y la entrada en vigor de la Constitución del 12. Durante el Trienio Liberal ocupó de manera efectiva el cargo bibliotecario de las Cortes. En marzo del 23, y marchando con las Cortes hacia Cádiz fue hundido en Sevilla el barco en el que llevaba parte de sus papeles y documentos y libros de la institución. Durante el nuevo período absolutista sufrió cárcel y destierro. En 1835 recuperó la condición y los derechos económicos de bibliotecario de las Cortes y recibió el encargo de redactar una gramática española que no llegó a publicar nunca, pero que le ha valido el frecuente adjetivo de «gramático». En 1837 fue elegido diputado. En 1838 se suprimió la biblioteca de las Cortes y cesó en su cargo. También renunció a su escaño de diputado. Los últimos años de su vida los pasó en su finca de la La Alberquilla (Toledo) y entre numerosos viajes, durante uno de los cuales falleció en Alcoy (Alicante).

Gallardo fue un liberal doctrinario que se enfrentó en numerosos folletos y opúsculos a los moderados. Fue casi con seguridad masón —existen algunos documentos policiales en este sentido— y al final de su vida tuvo contactos con el naciente Partido Republicano y con grupos protoanarquistas. Su obra más conocida es el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, publicada en parte póstumamente y que le sitúa como el mejor bibliógrafo español tras Nicolás Antonio. Junto al *Ensayo*, gran cantidad de folletos, obra periodística y correspondencia.

La primera edición del *Diccionario crítico-burlesco* se publicó en abril de 1811 y es, en opinión de Alejandro Pérez Vidal, prologista y editor, la mejor obra satírica de Gallardo. Se trata de una de esas obras más mencionadas o citadas que leídas. Sobre Gallardo existen algunos estudios que tienen ya bastantes años y poco más. El más conocido es el de Pedro Sainz Rodríguez, *Bartolomé J. Gallardo y la crítica de su tiempo* (1921). Pesaron mucho tanto el anatema que le lanzó Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* —luego corregido en

la presentación del tercer tomo del *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*— como los comentarios despectivos de personajes como Cánovas del Castillo («España no recordará en los tiempos futuros que hubo en ella un escritor por nombre Gallardo»). Los juicios sobre Gallardo han estado teñidos, en definitiva, de un fuerte sesgo político e ideológico que han impedido valorar adecuadamente su obra desde un punto de vista histórico y literario.

Ya en el mismo momento de su publicación, el *Diccionario* suscitó reacciones adversas muy virulentas. El 15 de abril de 1812 la obra fue denunciada a la Regencia, que impulsó un procedimiento contra Gallardo a través de la Junta Provincial de Censura de Cádiz. Gallardo se presentó voluntariamente y fue encarcelado. El 17 de mayo publicó la *Contestación del autor del Diccionario crítico-burlesco a la calificación de esta obra, expedida por la Junta Provincial de Censura* en la que rebatía los argumentos para su procesamiento. El 16 de julio fue liberado y el 13 de mayo de 1813 se dictó sentencia definitiva, apercibiéndole a no reincidir en escritos del mismo tipo. Paralelamente las Cortes debatieron y votaron el 18 de abril una resolución condenatoria del *Diccionario*. El 20 de noviembre se propuso a la Cámara por algunos diputados serviles el retirar a Gallardo el cargo de bibliotecario. La propuesta no llegó a votarse. Al mismo tiempo, escritores reaccionarios como el llamado «Filósofo Rancio» y Rafael Vélez, el autor de la *Apología del Altar y del Trono*, iniciaron una campaña contra el autor del *Diccionario* que impediría durante mucho tiempo un juicio objetivo sobre el mismo tanto por la condena ideológica como por la falta de ediciones: la última edición hasta las facsímiles de hace unos años es de 1843. Pedro Sainz Rodríguez no lo incluye en sus «Obras escogidas de Bartolomé José Gallardo» (1928).

El *Diccionario crítico-burlesco del que se titula Diccionario razonado manual* era la contestación de Gallardo al *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, un compendio de la ideología reaccionaria de autor desconocido —en el *Diccionario crítico-*

burlesco se dice irónicamente de él que «si no es de misa, es algo aficionado a tocar la campanilla»— publicado en Cádiz en 1811. Gallardo, un hombre del siglo XIX, pero que había bebido en las fuentes de la Ilustración y muy principalmente en los autores franceses del siglo XVIII (Voltaire, D'Alembert, Destutt de Tracy, Cabanis...), pone en él de manifiesto no sólo la solidez de su formación sino también su familiaridad con los autores clásicos (Horacio, Orígenes) y españoles (Cervantes, Lope de Vega, Feijoo). Además, su poderoso estilo satírico.

La obra se estructura en una serie de voces tomadas del *Diccionario razonado*, y está encabezada por una cita que da idea del tono general:

Guerra declaro a todo monigote;
Y pues sobran justísimas razones,
palo habrá de los pies hasta el cogote.

Jorge Pitillas

Entre las primeras palabras explicadas se encuentran «alma» y «aritmética política». Gallardo se ríe de la definición del *Diccionario razonado* («el alma es un huesecillo ó ternilla que hai en el cerebro, ó según otros en el diafragma, colocado así como el palitroquillo que se pone dentro de los violines») que considera de cosecha propia del diccionarista. Otra voz analizada es el «cambia colore», que en definición del *Diccionario razonado* es una «especie de magia que usan... (siendo cosa mala ¿quien la habia de usar sinó...) los *filósofos*; y a favor de lo cual dicen hoy lo contrario de lo que dixéron ayer». Gallardo cita los frecuentes cambios de opinión de las personalidades eclesiásticas de la época para argüir que la mudanza de ideas no sólo no es exclusiva de los *filósofos*, sino menos abundante entre ellos que entre los reaccionarios.

Gallardo contrapone su definición de «democracia» («forma de gobierno en que el pueblo, en uso de su soberanía, se rige por sí mismo») a la del que a veces llama «vocabulero» («especie de guardarropa en donde se amontonan *confusamente* me-

dias, polainas, botas y zapatos, calzones y chupas, chalecos y pantalones... y *unos monstruos de la naturaleza* que se llaman *abates*). Concluye este artículo con una reflexión premonitoria sobre los modernos y los antiguos: «Mañana seremos nosotros antiguos, y se nos citará como hombres grandes y más grandes aún que nuestros abuelos. Esperemos, sinò, á que pasen por aquí un par de siglos y oirémos contar maravillas de nosotros, de nuestras fechorías, y sobre todo de nuestras presentes Córtes generales y extraordinarias.— ¡Quien los viviera, aunque me llevara chasco!».

En la voz «geología» alude a Galileo con su característico tono satírico: «Lo que dice la Historia es que el año de 33 se volvió à empeñar Galileò en que el sol había de estar quedo, y la tierra había de andar; y el Santo-Tribunal se empeñó en que èl no había de andar suelto». Sin embargo, Gallardo no es antirreligioso sino que manifiesta una postura ilustrada, próxima a la del padre Feijoo («La religión no son los errores, las prácticas absurdas, ni los bárbaros y atroces establecimientos que se la han allegado: cuando todo eso se censura, la religión queda intacta, por más acre que sea la censura»). Abordando otro de los temas tópicos del momento, Gallardo menciona a la Inquisición aunque sin entrar en materia («el artículo del Santo Oficio, por mi parte, quedará en esta forma: Inquisición... ¡Chitón!»).

Tampoco es un «afrancesado», a pesar de conocer bien la lengua y cultura francesas y haber ejercido como catedrático de la materia. El «pueblo» es según el *Diccionario crítico-burlesco* el que el 2 de mayo se arrojó a las huestes del pérfido Murat «lanzando el primer grito de la independencia española: grito sublime que se oyó en los últimos términos de la monarquía (...) ¡Gloria eterna al pueblo de Madrid, y à todos los pueblos de España!».

La lectura del *Diccionario* nos aproxima al nacimiento del siglo XIX en España y la lucha por las formas democráticas de pensamiento y de gobierno de manera mucho más eficaz que la

lectura de manuales sobre aquellos momentos históricos o historias más o menos literaturizadas de la época. El *Diccionario* constituye un verdadero epítome del pensamiento liberal que sintetiza muy bien la transición entre las ideas ilustradas del siglo XVIII –de puro combate intelectual– y su conversión en instrumento de lucha política por parte de los liberales decimonónicos. Gallardo no renunció a ninguna de ellas, a las que se mantuvo radicalmente fiel. Nunca fue un personaje acomodaticio. Se enfrentó a escritores y políticos, primero reaccionarios y luego moderados, pero siempre con la palabra, nunca de manera violenta. El *Diccionario* es una obra escrita a la contra, pero que con el transcurso del tiempo se hace más famosa que la que fue su pretexto, el *Diccionario razonado*.

La edición de Alejandro Pérez Vidal incluye el *Diccionario razonado* a continuación del *Diccionario crítico-burlesco* –lo que contribuye sin duda a una mejor comprensión de la obra de Gallardo–, pero no la *Contestación del autor del Diccionario crítico-burlesco a la calificación de esta obra, expedida por la Junta Provincial de Censura*. Esta, se incluyó, en cambio, en la edición publicada en Badajoz en 1987. La *Contestación* es, sin duda, un documento importante para comprender a Gallardo y sus razones.

La edición de Pérez Vidal contiene un prólogo y una nota biográfica más que suficientes, aunque elaboradas sin documentación original, a base de obras de autores anteriores (Menéndez y Pelayo, Sainz Rodríguez, Rodríguez Moñino). Reproduce el texto con la ortografía original y señalando los cortes de página, algo seguramente irrelevante. Hubieran venido bien notas a pie de página hasta hacer una edición crítica y comentada –rastreado las fuentes gallardianas– que permitiera entender mejor al *Diccionario* y su autor. En cualquier caso, tal y como se ha editado se disfruta más la obra original, sin la inevitable farragosidad de las ediciones críticas.

Probablemente entre los estudios literarios disponibles en España falta una obra de conjunto sobre Gallardo escrita con

exhaustividad y desde la objetividad y el rigor. Ediciones como ésta que comentamos del *Diccionario* contribuyen a acercar al personaje y su obra a los lectores y estudiosos actuales. De todos modos, para abordar un proyecto de esta naturaleza con garantías de éxito habría que acudir al Archivo del Congreso de los Diputados, donde existe material original no estudiado que permitirá, sin duda, una comprensión más cabal de su figura y sus escritos.